



La ira del hombre tibio







José Manuel Fernández Argüelles

La ira del hombre tibio

SEPTEN EDICIONES







*Ojalá fueras frío o caliente;
mas porque eres tibio y no eres caliente ni frío,
estoy para vomitarte de mi boca.*

(La Biblia, Apocalipsis 3:16)





I

Las arañas de patas metálicas se incrustaron en lo más profundo de su cerebro y despertó como si almacenase una pulpa deformada dentro del cráneo. Lo peor era que la masa parecía crecer e intentaba expandirse más allá de los límites óseos. Despejó un poco más la niebla del sueño y la realidad se hizo evidente. Lo primero que vio fue la botella de coñac mediada que reposaba sobre la mesa junto a una copa sucia y vacía. Cuando la memoria se quitó de encima todo el sopor que la atrofiaba, Sabas despertó por completo. Le dolía la espalda y el cuello. Dormir sentado, aunque sea en un sillón mullido y ancho, no procura más que tensiones inadecuadas a los músculos y al cerebro, pensó. Fue al incorporarse cuando notó el primer mareo y una arcada que contuvo, pero al pensar en Verónica inició una carrera al baño y expulsó los restos que flotaban en su estómago. Se desnudó con rabia y dolor, y la ducha fría logró que su mente comenzase a colocar las cosas en el sitio habitual para el entendimiento. Minutos después, desnudo y mojado, hizo un viaje sin sentido al salón en el que había dormido. Dejó que sólo la luz del pasillo iluminase la estancia. El reloj de la pared avisaba de la hora temprana: las seis y media. Sabas recordó que las manecillas fluorescentes del chivato del tiempo habían gritado las tres de la madrugada cuando, adormilado y aún borracho, escuchó la entrada de Verónica con pasos cargados de sigilo hasta la habitación. Después, el alcohol tragado en la soledad de la espera le hizo caer en la inconsciencia de un sueño no deseado. Era una rememoración confusa de la noche pasada, como todas las que vienen envueltas en coñac, pero cierta y con el sabor mucho más amargo que el padecido ahora por el dañado estómago.

Transcurría despacio Octubre, y la noche no tenía intención de sucumbir en un amanecer para el que aún faltaban casi dos horas. Sabas, desnudo, mojado y apoyando la frente en el cristal de la ventana, no veía la calle solitaria iluminada por los blancos faroles que procuraban una isla de luz a la pequeña urbanización de casitas adosadas. Sabas tenía los ojos en su interior, viviendo los recuerdos.

La tarde anterior, cuando llegó a su casa, y tras guardar el viejo *Fiat* en la cochera, recibió la llamada de Verónica. Ya había notado la ausencia del otro coche, el de ella, por lo que esperaba el sonido de pitidos melódicos que le requirió al teléfono para la oportuna explicación, que, en cualquier caso, ya suponía. Ella estaba en la ciudad, quizá se habían cruzado, le dijo. Su padre había regresado a casa tras la operación en el hospital y convalecía doliente en su propia cama. Se iba a quedar con él hasta tarde. No sabría decir la hora. Todo correcto. No, no hacía falta que él fuese también. ¿Para qué?

Se encontró ridículo en la oscuridad del salón, la frente apaciguando la calentura en el cristal de la ventana, desnudo y con el frío de la humedad entrando en su cuerpo debilitado por los efectos colaterales de la bebida.

Fue hacia la habitación en la que dormía Verónica para vestirse en silencio, aunque era muy improbable que ella despertase, no sólo debido a la hora de su regreso, sino por disfrutar siempre de un sueño apacible y profundo. Sabas se alegró, sin intentar comprender su cobardía, por no tener que enfrentarse ahora con su mujer. Prefería dejar las preguntas para más tarde. Lo cierto es que esperaba que fuese ella quien diese las respuestas sin que las dudas hubiesen sido formuladas. Las verdaderas respuestas, pues cuando la noche anterior él había llamado sobre las once a sus suegros, Verónica hacía poco que se había ido.

—Sin cenar —le informó su suegra—, pues dijo que lo haría contigo.

—Y el viejo, ¿bien?

—Mejor, gracias.

Pero Verónica no llegaría hasta la madrugada.

Sacó el coche a la calle y emprendió el corto viaje hacia su trabajo en la ciudad. Era demasiado temprano, pero no podía soportar el silencio de la vivienda ni el tranquilo dormir de su mujer. Dejó atrás las casitas adosadas que imitaban un pequeño pueblo perfecto y cuadrulado, como crecido de pronto en medio de los pastos, pero a sólo unos minutos del centro. Sea usted feliz en plena naturaleza y al lado de su ciudad; pero ellos no habían sido felices a pesar de la insistencia que aún mostraba

el cartel publicitario en el límite de la urbanización.

Sabas recordó que fue al poco tiempo del traslado a esta nueva residencia cuando comenzaron las ausencias de Verónica, aunque ninguna tan evidente como la de esa noche. Hasta entonces habían sido algunas tardes que él llegaba más temprano de lo habitual y ella, horas más tarde, hablaría de una amiga que la llamó, de una visita a la peluquería, de... Aunque lo peor eran los silencios dentro de la nueva casa, las noches que ella se acostaba más tarde que él, cuando ya le suponía dormido, los fingimientos de ella para no enterarse cuando rozaba su cadera bajo unas mantas que se convertían en fría y húmeda escarcha. Así era desde hacía unos meses. Y ahora, una noche fuera. Habría una razón sin duda. Verónica se la explicaría esta tarde cuando él volviese. Siempre se pueden explicar todas las cosas. También esta.

Sabas no tardó más que unos minutos en ver el cielo nocturno del cercano horizonte pintado por las luces de la ciudad. Ese fulgor rosado quebrantaba la oscuridad difuminándose en ella y hacía presentir los edificios que en poco tiempo le absorberían. Al ser una hora temprana, no encontró el tráfico habitual de los coches que como el suyo se sumergían a diario en las calles que los llevarían a destinos muy poco variados. El trabajo amanecía para todos a la misma hora.

Pasó frente al edificio en el que vivían sus suegros, y aunque no le hacía falta miró la hora enmarcada en el reloj del salpicadero. Poco más de quince minutos era lo que se tardaba en llegar de una verdad a una mentira. Deseó no pensar más en ello. Quería que la mañana pasara sobre él concentrado en su trabajo para, con el momentáneo olvido, ignorar el dolor de un matrimonio enquistado en los silencios, las dudas, el aburrimiento y, probablemente, las mentiras. Aunque no sólo su relación con Verónica era la que anunciaba la catástrofe, también su vida se había convertido en un paseo tranquilo pero desganado y plagado de dudas para las que no sabía tan siquiera hacerse las preguntas adecuadas. Sabas hizo un gesto de rabia al tiempo que frenaba con violencia ante un semáforo en rojo. No pensar más, esa era la solución inmediata. Al menos serviría como paliativo las próximas horas. La existencia también puede ser así: vivir